

“Uno que ama a su prójimo no le hace daño”

Vaya termómetro para medir el amor nos ofrece Pablo hoy.
Le doy la vuelta a la frase y aún me resulta más claro:
¿haces daño a alguien? pues, no le des muchas vueltas,

simplemente: **NO LE AMAS.**



¡Cuántas vueltas puedo dar para suavizar tu palabra!

¡Cuántos mecanismos para oír, pero no escuchar tu voz!

¡Cuánto egoísmo que anestesia mi alma!

¡Cuánta indiferencia para no confrontar a mi hermano/a,

quizá porque así a lo mejor me ahorro que me confronten a mí!

¡No endurezcáis vuestro corazón!

Es como si Jesús nos dijera hoy ¡jojo, no dejéis que se endurezca vuestro corazón, no vayáis por la cuesta debajo de la mediocridad, poned freno a vuestras conductas contrarias al amor! Y...en virtud del amor que os debéis “daros la alarma” unos a otros. Avisaos mutuamente para poder salvaros. Jesús nos ofrece incluso la metodología para hacerlo: primero a solas, luego con otro u otros dos (cuánto sabía Jesús de nuestras triquiñuelas y engaños), luego la comunidad. Y “si no hace caso ni siquiera a la comunidad considéralo como un gentil o un publicano”. No suena suave este final, quizá por eso corremos el riesgo de saltárnoslo. Me invito y os invito a no desecharlo en vuestra reflexión orante.

Señor, *abre mis oídos* a tu palabra,

que tantas veces llega a mí a través de la voz de mis hermanos/as.

No permitas que se endurezca mi corazón.

Que no me tengan que tratar como a un/a gentil porque no atiendo a ninguna corrección, a ningún aviso que se me hace en virtud del amor.

¡Señor, que a nadie deba nada más que amor!